

#### IV

### El río

A media vertiente de la montaña, cubierta de frondoso bosque, el sendero, que serpentea entre matorrales, se vuelve de pronto más elástico; siéntese ceder bajo los pies la húmeda alfombra de hojas secas del último otoño; estamos casi en los lindes del bosque imponente y silencioso y hemos dejado arriba los parajes áridos que sólo adorna la diminuta flor del brezo. ¡Qué súbita frescura al entrar en el soto de un verde tierno y alegre! A la sombra del ramaje entrelazado, la mala hierba alcanza mayor altura; el césped es más obscuro, más apretado y más suave al tacto; de vez en cuando encontramos la mancha amarillenta de algunos grandes hongos... y arriba, entre el follaje, ¡qué trinos,

qué gorgeos y qué incesante batir de alas! De seguro que el agua no está lejos.

¡Chis! Acaba de ocultarse el sol tras una nube y han callado de pronto los pinzones. ¿No oís este murmullo fresco y juguetón? Internémonos en la espesura. Cuidad de no tropezar con la cabeza en las ramas bajas, ni de dar un resbalón sobre el suelo esponjoso. ¿Veis, junto á esa roca verdusca algunos berros temblorosos, y un poco más abajo esa cinta plateada, que ondu-la y corre como culebra fugitiva? Pues ahí está la fuente, el puro y cristalino manantial.

Dentro de algunos días, esta agua límpida y fresca que bebemos ahora en el hueco de la mano, con la deliciosa sensación de beber un poco de inocencia, llegará al mar y se mezclará con las ondas turbias y revueltas del anchuroso estuario; resbalará contra las grandes boyas pintadas de rojo y azotará con menudo chapoteo la popa de los enormes buques de carga, fondeados en la ría.

¡Cuán pura es en su origen esta corriente que luego vemos llegar sucia y corrompida á la orilla del mar, después de un largo viaje! Es la historia simbólica del candor. ¿Quién no ha sentido, durante alguna correría campestre, después de apagar la sed en la cristalina fuente del bosque, el encanto misterioso de su murmullo juguetón, que trae al alma una ilusión de infancia y de virginidad?

Al descender por la vertiente, en su fuga de reptil

por entre la hierba, el arroyuelo recoge el caudal de otros y de algunos ocultos manantiales, y crece y se ensancha. Vedle ahí describiendo una curva harmoniosa en el fondo de un valle. ¡Qué débil es todavía el riachuelo! Basta una tabla para franquearle; las sequías estivales no dejan en su cauce más que piedras y cieno. Pero no importa; otros caudales subterráneos se le incorporan al atravesar el fértil llano de las praderas. Ya crecen los sauces en sus orillas, formando una doble fila de viejos troncos, vestidos de pálido follaje. Tal vez alguna vaca que pasta en la ribera, entra con desgarrado y lento paso en la corriente; y, después de beber, levanta el hocico chorreando agua y contempla el horizonte con cierto aire de interrogación misteriosa.

Algunas leguas más abajo, gracias á varios afluentes que se precipitan en su cauce, el arroyo empieza á ser un río, con nombre propio en la Geografía, nombre ilustre que conservará hasta el fin de su curso, cuando haya de resistir el peso de los grandes navíos y las embestidas de la pleamar. Mas ahora es todavía un río adolescente, que los viejos puentes de piedra salvan con un solo arco, y que conserva aún su gracia campestre. Deslízase con lentitud por entre olmos y choperas de tembloroso follaje, y sobre su tranquila y sombría superficie resbala la imagen azulada del martín pescador que le cruza volando. Al llegar la primavera empieza en sus frondosas orillas un concierto intermi-

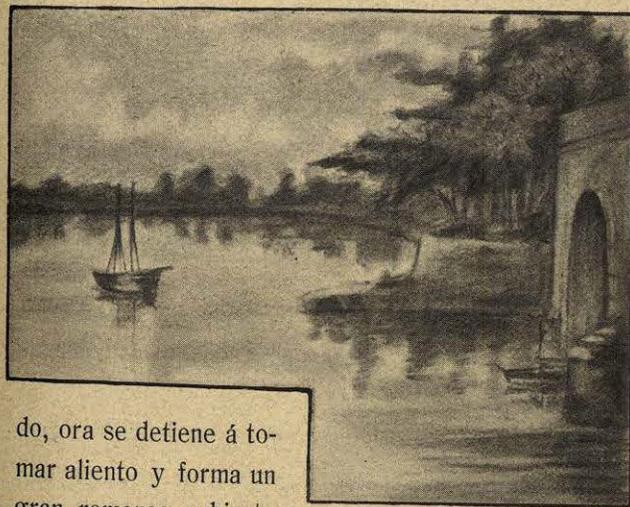
nable; las libélulas azuladas, al agruparse sobre las cañas, parecen la escritura de la gran sinfonía que ejecutan los músicos alados.

El joven río, apenas navegable aún, corre solitario. A lo sumo se divisa, en un bote amarrado al tronco de algún árbol, una barba gris bajo las anchas alas de un sombrero de paja, una larga caña de pesca, y en el extremo del sedal un flotador de corcho, que se mece suavemente junto á las grandes hojas de los nenúfares.

El río va creciendo, y su caudal, cada vez más abundante, empieza á prestar grandes servicios á los hombres. Cuando pasa cerca de algún pueblo oye la charla de las lavanderas, su risa alborotada y el rítmico golpeteo de los batidores sobre la ropa. El río pasa, llevándose por efímero recuerdo algunas matizadas burbujas de jabón. Sus primeras obras conservan un carácter inocente y pastoril; así, al llegar al molino, el río se alborozaba, se precipita alegremente entre las ruedas que giran á su empuje, y cae luego en bulliciosa cascada, deleitándose en balancear sobre sus ondas, agitadas por un momento después de la caída, graciosas escuadrillas de ánades y cisnes.

Después de bordear un collado, recibe su primer afluente de importancia; duplica en adelante su anchura y profundidad y se hace navegable para las grandes barcas. Siguiendo la ruta trazada en la orilla, sombreada por temblorosos álamos, los caballos de sirga

arrastran río arriba las chalanas vacías; y en las pinazas cargadas, que la corriente misma lleva á su destino, río abajo, cantan alegremente los barqueros desocupados. El río avanza describiendo graciosas curvas; ora corre encerrado entre laderas plantadas de viñe-



do, ora se detiene á tomar aliento y forma un gran remanso cubierto

de cañas y juncos. Agrúpanse los pueblos á lo largo de sus fecundas riberas, y los campanarios, tranquilos como viejos patriarcas, le miran pasar y perderse en lontananza.

Y sigue avanzando. Engrosa su caudal con el tributo de nuevos ríos; luego recibe las aguas cautivas de un canal, y avanza sin cesar, atravesando ciudades ilustres, cubriéndose de pontones y de toda clase de barcas, y parece correr con más impetuosidad,

como orgulloso de bañar muros históricos. Con un sordo rumor pasa por debajo de los arcos sonoros de los grandes puentes; y luego, más tranquilo, por entre los malecones llenos de gente y tráfico comercial, refleja temblando las caladas agujas y las torres de las viejas catedrales.

Lánzase de nuevo á la campiña y copia como un espejo todas las magias y hechizos del cielo. Los rayos del sol de Julio le dan un centelleo deslumbrador; la aurora le cubre de flores; el sol poniente derrama sobre sus ondas una lluvia de topacios y rubíes, y en las noches serenas parece soñar, bañado por los pálidos rayos de la luna.

El río ha llegado á la plenitud de su fuerza y majestad; pero ¿en qué ha parado la límpida pureza de su origen? Desde el primer lavadero que ensució sus ondas, cada contacto con los hombres le ha ido manchando más y más. ¡Cuántos sumideros han vomitado en sus ondas torrentes de cieno y de inmundicias! Las fábricas que levantan junto á la orilla sus altas y rojizas chimeneas de ladrillo, no han dejado por un momento de envenenar y ennegrecer sus aguas. En el fondo de su cauce el pobre río ha reconocido las huellas de crímenes, cometidos siglos atrás, al remover entre el cieno algunas viejas monedas de oro, joyas antiguas, armas oxidadas... Con frecuencia, por la noche, desde algún puente solitario, un infeliz ha buscado la muerte en sus negras profundidades; ó desde

el malecón desierto, un asesino ha sepultado en ellas el cadáver de su víctima. De vez en cuando el río siente náuseas y arroja sobre las hierbas de la orilla algunos restos repugnantes y putrefactos. Pero todo inútil: está ya inficionado para siempre, y, semejante á la conciencia de un bandido, lleva en sus aguas, con algunos tesoros perdidos ó ignorados, innumerables impurezas, vergüenzas, lágrimas y crímenes.

El río llega finalmente al término de su carrera. Ya está en el ancho estuario, tan vasto, que los grandes trasatlánticos que han dado la vuelta al mundo, los navíos que han surcado las aguas ecuatoriales bajo un cielo inflamado y los que han roto con su proa los hielos polares, los esbeltos bergantines, los rápidos *steamers*, todos parecen, desde la opuesta orilla, frágiles conchas guarnecidas de hilos de araña.

Pasemos adelante y dejemos atrás la última boya. Sobre la costa gris apenas divisamos las diminutas torrecillas blancas de los faros. La enorme masa líquida, periódicamente repelida por la marea, se encrespa en la superficie, como erizando irritada su cabellera, y luego, con empuje irresistible, se abalanza hacia el océano con la impetuosa velocidad de un tren rápido. En alta mar, de donde el viento trae un confuso clamoreo, aparecen las grandes olas con su melena espumosa, que cierran el brumoso horizonte; grandes gaviotas se ciernen sobre la superficie, lanzando agudos chillidos, presagios de muerte para el río, que

se confunde de una vez con el inmenso mar siempre insaciable.

.....  
 .....

Yo sé de un alma semejante al río; así como éste se pierde en el mar, el alma pronto llegará al inmenso océano de la otra vida. Y esta alma, lo mismo que el río, al llegar al borde del abismo, ha engrosado su corriente arrastrando el bien y el mal de su pasado; sus últimos días son profundos y amargos: profundos como la memoria, amargos como la experiencia. Recuerda todas las fases de su vida, que fué apacible y útil en su conjunto; pero no obstante, ¡cuánto cieno ha recogido la pobre alma en su camino, manchándose para siempre! El agua que corre y el hombre que vive no tienen más que un momento de verdadera pureza: la fuente y la infancia.

Como el río, que oculta entre el cieno de su fondo tantas inmundicias, también el alma— aun el alma de un justo,—está llena de vergonzosos secretos. Conservarse puro en medio del mundo, supone un esfuerzo desesperado, punto menos que imposible; purificarse en una vida nueva, es la sublime aspiración, la dulcísima esperanza del hombre caído. Este río que el mar absorbe ávidamente, se purificará con las sales del inmenso océano; y tú, pobre alma, cansada de la existencia y sobrecogida de espanto al pisar los umbrales de la eternidad, también aspiras á justificarte y ansías

recobrar la perdida inocencia. Por esto vuelves ahora los ojos acongojados hacia los viejos campanarios que el río retrataba en su curso y que tú tantas veces encontraste en tu camino sin escuchar su grave llamamiento; por esto obedeces finalmente al gesto mudo de estas sutiles agujas de piedra, que te señalan el cielo, para que, llena de confianza, creas, ores y esperes.

